

CARTA SÉPTIMA

Continuación de la experiencia de educación de Pedrito y Simona.
 — La lección de trabajo. — Orientarse. — Mapa-Mundi, péndulo, barómetro, termómetro, brújula. — La mañana de disciplina, de orden y de atención. — Las diversiones. — El perfeccionamiento del lenguaje. — Los juegos disciplinados. — Siesta. — El recreo de la tarde. — Clemente Martín, profesor. — El alto: el porqué.
 — Homenaje á la imaginación de los niños.

MI última carta, querida Francisca, ha dejado á mis discípulos y á mí en el momento en que abordábamos, á las nueve de la mañana, el período laborioso, especificando que se trataba, no de trabajar, sino de aprender á trabajar.

¿En qué consiste esta lección de trabajo?

Ya te he dicho que, ante todo, será una lección de atención; pero es también una lección de disciplina, de orden.

Comienza invariablemente por una operación que nosotros llamamos: orientarse. Yo he explicado á mis discípulos que este era un término que emplean los navegantes y que significa saber en qué punto preciso del globo se emplea el navío.

— Más adelante aprenderéis — les he dicho — cómo el hombre, aislado en un navío, en medio de la inmensidad del mar, consigue determinar el lugar por donde navega. Pero no porque vivamos en tierra firme es inútil conocer las condiciones exactas en que se abre el día. Además, nos encontramos en un punto determinado del mundo. ¿Cuál es este punto?

Para hacérselo saber no me he limitado á señalar un punto en el mapa. He dibujado, delante de ellos, nuestro

cuarto de estudio, con indicación del lugar que ocupan los principales muebles, y tres figuras representando á Simona, á Pedro y á mí. Ambos han comprendido sin esfuerzo mi representación. Procediendo por contigüidad, he añadido en seguida á mi croquis la pieza vecina, el pasillo, el comedor. La comprensión ha sido entonces más difícil; pero luego de algunas comprobaciones sobre las distintas piezas dibujadas, han terminado por comprender... Hemos consagrado varios días á levantar una especie de plano esquemático, muy sencillo, de la casa de la granja vecina, de los contornos de la propiedad. Ahora ya hemos pasado del pueblo y sabemos perfectamente que una pequeña línea negra entre dos circunferencias desiguales significa, en este mapa, una carretera que une dos pueblos. Y como los niños nunca pecan por defecto de imaginación, Pedro y Simona han franqueado con el pensamiento bosques y montañas y ampliado su campo geográfico hasta los límites de Francia y más allá.

Y hé aquí lo que sabemos hoy:

Nos encontramos en Berri; conocemos la extensión de esta provincia que pertenece á Francia; hablamos de las costumbres de Berri, de sus monumentos, de sus costumbres, de algo de su historia. Hemos visitado en Nohtn, donde vivimos una mujer berrina que narraba cuentos y leyendas. Luego hemos regresado á casa y, en la biblioteca, nos hemos puesto á mirar y contar los libros escritos por esa señora.

Había unos sesenta. Pedro se asombró y preguntó cuánto tiempo hacía falta para escribir tantos libros. Un pequeño relato sobre Jorge Sand, escuchado religiosamente. En tanto, Simona, había abierto el *Molinero de Angibault* y trataba de penetrar el negro misterio de las líneas impresas. Yo le tomé suavemente el libro y le dije:

— Más tarde... *cuando sepas trabajar*, te enseñaré á leer y la señora de Nohant te contará historias.

... Ahora, mis discípulos han adquirido ya la noción del lugar y de la casa; no se sienten suspensos ante el espacio como la mayoría de los niños. Diariamente precisamos y ensanchamos la noción del lugar, sin llenar la memoria de

muchos nombres propios; pero cada nombre propio representa una realidad. Cuando decimos « el Cher » pensamos en un río que hemos visto arrastrando su cinta grisácea por entre los sauces. Cuando decimos el Loira — nada podemos evocar, — pero sabemos que es un río como el Cher, aunque mucho más ancho.

Etc...

El principio esencial, invariable, consiste en no enseñar nada « en el aire » : todo lo que aprende el niño debe estar, so pena de resultar inútil, unido por una cadena de nociones continuas á este humilde centro del mundo que es él mismo. Yo te aseguro que Pedro y Simona saben perfectamente lo que representa, con relación á sus personitas, esa gran bola de colores colocada en la sala de estudio que, en un principio, les pareció, sobre todo, muy útil para hacerla girar rápidamente sobre su eje.

* * *

Orientarse, para nosotros, no consiste sólo en precisar las nociones del punto en que nos encontramos. Yo exijo que consulten el péndulo y que me digan la hora.

Un ancho horario, exclusivamente numerado en cifras árabes, es el mejor ábaco para estudiar la numeración elemental. Además, es un medio mecánico, que se mueve, lo que hace despertar la curiosidad infantil. No es, en fin, numeración sin base, como en el libro; es numeración práctica, aplicada á una realidad... Actualmente leemos bien la hora, salvo algunos errores de minutos. Pero no confundimos jamás las tres de la tarde con las doce y cuarto, como sucede á la mayoría de los niños, porque á mediodía vamos, los días que luce el sol, á observar un bastón clavado en tierra y vemos que á esta hora proyecta una pequeñísima sombra que se agranda después.

Te advierto que la lección matinal no termina sino cuando el minuto que le pone fin ha sido correctamente leído por los discípulos.

Orientarse consiste todavía en algo más. Nosotros somos campesinos; nuestros paseos nos impresionan, y también la suerte de las cosechas, que influye en el humor de nuestros vecinos los labriegos. Procuramos, tanto como es posible, conocer por adelantado el tiempo que hará : de él dependen las distracciones de la jornada. Uno de nuestros primeros cuidados es, pues, consultar el admirable instrumento de cristal colocado en la biblioteca : el barómetro que dibuja una línea ascendente ó descendente, según que el cielo vaya á estar azul ó vaya á cubrirse de nubes. No nos desinteresamos tampoco de las variaciones de la temperatura : leemos fácilmente los grados que señala la columna plateada del termómetro.

Gracias á estas observaciones iniciales (hechas todas las mañanas con creciente interés, pues el niño no cesa de deseárselas, muy contento de esta ciencia adquirida) sentimos en nosotros todas las mañanas el alma del viajero que va á emprender una nueva etapa. Pero he aquí que un último instrumento de precisión — y de entretenimiento — ha hecho su aparición desde anteaer : la brújula... Es casi superfluo para un hacendado adulto llevar consigo la brújula; pero es muy útil mostrársela á los niños y enseñarles su uso elemental. En un principio es para los niños algo maravilloso la agujita viviente, prisionera en su jaula, trémula, obstinada en señalar un punto determinado. Luego no tardan en comprender, sin gran esfuerzo, que el Norte y el Sur no son dos palabras arbitrarias, sino que significan una orientación. No vamos más adelante. ¡ Sobre todo no hablemos de polos ni de corrientes magnéticas ! « Siguiendo la dirección que marca la aguja, se va hacia el punto señalado en el mapa con una N. » He aquí una adquisición importante.

— Pero si sus discípulos no saben leer...

— Yo no me opongo al conocimiento progresivo del alfabeto : lo que yo proscribo es *el libro*. Mis discípulos aprenden á leer á medida que lo exigen sus necesidades intelectuales.

En la operación cotidiana de orientarnos, invertimos bastante tiempo, porque no admito que sea incompleta : trato

diariamente de que sea más completa y precisa y pretendo que los resultados los conserven en la memoria, al menos durante el día.

Y puesto que hemos pronunciado la importante palabra memoria, voy á aprovechar la ocasión para abrir un paréntesis referente á la memoria de los niños.

Se han dicho y escrito muchas tonterías, en mi concepto, sobre la memoria de los niños.

Se dice y escribe corrientemente que la memoria de los niños es admirable, superior á la de los adultos. Esta es también una de las razones invocadas para enseñarles lenguas extranjeras.

Pero todas mis observaciones recientes, que concuerdan, además, con mis recuerdos personales, establecen que la memoria infantil progresa casi lo mismo que la inteligencia, y que, por ejemplo, á los cinco años es menos perfecta que á los quince. La ilusión de lo contrario se deriva de que no teniendo muchas palabras ni hechos en su memoria, la poca que tiene le basta y, á veces, hasta parece superabundante. Se origina también de que se enseña á los niños como no se enseña á un adolescente ó á un adulto... Sujetos al mismo régimen que el niño, el adolescente ó el adulto aprenderán más pronto y retendrán mucho mejor. Por mi parte, dotado de una regular memoria, tengo la seguridad de que aprendería, á mi edad, diez líneas, en el mismo tiempo que emplearían Pedro y Simona para aprender dos.

Precisamente porque la memoria de los niños es débil é incierta, hay que ejercitarla con un método prudente. Sobre todo hay que evitar cargarla de inútiles bagajes; pero aquello que haya almacenado hay que evitar á toda costa que lo deje escapar. También conviene recordar *ab initio* todo lo que se ha enseñado al niño. Nuestras modestas y diarias adquisiciones las inventariamos á partir del día siguiente y, frecuentemente, recapitulamos las de días anteriores. Lo poco que Simona y Pedro han aprendido conmigo lo *saben* de verdad.

¿Cuánto tiempo puede prolongarse útilmente una lección oral á niños de cinco años y medio?

Esto depende esencialmente del maestro.

Si enseña á los pequeños como enseñaría á los adultos, al cabo de tres minutos no le escucharán; pero si pone su enseñanza en acción y se ingenia para mantener despierta la atención de sus discípulos, la lección puede durar una media hora. Hasta se dará el caso de que el maestro se cansa antes que los discípulos; nada agota más que la lucha incesante contra la inatención de éstos.

Sin embargo, es indispensable que durante uno ó dos cuartos de hora todos los días, se acostumbre el niño á escuchar al maestro que habla y que durante el mismo espacio de tiempo, sentado ante una mesa, se entregue diariamente á una tarea silenciosa: dibujo ó modelado. Éste fija mejor la atención, pero aquél es un procedimiento de enseñanza muy inteligente. Ayer dije á mis dos discípulos que ya han dibujado muchas veces, copiándolo del natural, el péndulo del reloj:

— Dibujad *de memoria* el péndulo cuando señale las cuatro y media.

He presenciado sus esfuerzos; les he ayudado discretamente obligándoles á rectificar, no la corrección de las líneas (lo que provisionalmente importa poco) sino la representación de los elementos esenciales. He comprobado, una vez más, que los niños reciben de sus sentidos testimonios inciertos. Simona dibujaba agujas cuyas puntas traspasaban el cuadrante. Pedro parecía que no se había dado cuenta de que las agujas giran en torno del centro. ¡Esta es la pretendida memoria admirable de los niños! Pacientemente vamos rectificando, poco á poco, estos errores. Mañana haremos el mismo ejercicio.

Nuestra lección de trabajo dura, en principio, hasta las diez de la mañana. Pero ya comprenderás que sería inútil exigir á los niños una hora de atención. La hora está dividida por ejercicios completamente diferentes. Vamos, por ejemplo, á dar un paseo por el parque ó, si llueve, por cualquier pieza de la casa. Esto no es un recreo, porque mis discípulos no son libres de saltar: es una diversión que yo utilizo para enriquecer el vocabulario y perfeccionar la elo-

cución de Simona y Pedro. Cuando les he enriquecido, por ejemplo, con la palabra marco ó piedra, haciéndoles tocar el objeto, creo que han realizado un progreso más considerable que aprendiendo que *botella*, en otros idiomas, se llama *bottle* ó *flasche*... Cuando han aprendido el verbo « esperar » ó el adjetivo « concienzudo », estimo su progreso más importante que si hubieran aprendido á contar hasta diez en cualquier idioma extranjero con el más puro acento. No sólo porque están en camino de poseer íntegramente su lengua, lo que es un resultado deseable, pero, y sobre todo, porque han acrecentado su facultad de pensar, de informarse, de comprender lo que se les dice... ¿No es sorprendente que sea imposible hacer penetrar en la cabeza de madera de ciertos padres que sus hijos sólo están en contacto con las ideas gracias á la palabra y que aumentamos su facultad de pensar á medida que les facilitamos el empleo y comprensión de la palabra humana?...

Á fin de acostumbrar á Simona y á Pedro á precisar su pensamiento, á expresarlo clara y fácilmente, les habito á que escuchen una historia que les leo ó cuento con obligación de narrarla ellos después. Otra diversión : el solfeo, al que consagramos quince ó treinta minutos diariamente, por mañana ó tarde. Otra diversión aún : un trabajo manual, como hacen en las escuelas primarias; recortar una caja en una hoja de papel y plegarla después. Otras veces (si la lección de trabajo ha ido bien) emprendo con ellos un juego sedentario de paciencia ó atención. Cito esta clase de juegos porque tienen la gran ventaja de acostumbrar al niño á comenzar una empresa, á dedicarse á ella, á terminarla.

¿Crearás que con todo esto llegamos sin sentirlo á las diez y media próximamente? Entonces, aunque la atención de mis discípulos continúe despierta, suspendo la lección... Ya es tiempo de que el cuerpo se distienda y se ponga en movimiento. Pero deseando por encima de todo que mis discípulos consideren la mañana como un período de disciplina y de orden, no les concedo recreo propiamente dicho ó, cuando menos, no les permito más que cinco ó diez minutos de gritos desprovistos de sentido, de movimientos sin objeto.

El fin de la mañana lo dedicaremos á la disciplina del cuerpo, á los movimientos rítmicos; la palabra « deporte » sería aquí demasiado ambiciosa. Aprendemos (no les digo : jugamos) á andar y correr con paso regular, á lanzar un tejo, á construir un tosco relieve representando la casa, la granja y el pueblo; pero todo esto bajo mi dirección y sin que los pequeños tengan el sentimiento de que son libres en absoluto de sus actos. ¿Comprendes mi propósito? Quiero inculcar en sus jóvenes cerebros la idea de que la mañana es el tiempo de la disciplina y del esfuerzo y que sólo á cambio de esta disciplina y de este esfuerzo se conquista el derecho á divertirse, á ser libre durante la tarde.

Almorzamos á mediodía. Observo las consideraciones que ya te he expuesto, querida sobrina, sobre la alimentación de los niños. Claro está que las comidas de los niños — excepto la merienda que se hace á las cuatro — son ocupaciones disciplinadas. No me digas que tal ó cual niño « no quiere comer á horas determinadas ». Esto siempre es culpa de los padres ó maestros que, en este punto, como en los demás, fueron unos perezosos.

Recomiendo reposo, ó mejor, una siesta, después de la comida de mediodía. No es razonable dejarles sin acción durante doce ó catorce horas. Después de un corto sueño se levantarán despejados; esto es, para ellos, una jornada dentro de la misma jornada que les proporciona nuevas fuerzas.

Pero ahora, á estas fuerzas reparadas debemos guardarnos muy bien de exigirles una labor disciplinada. Yo trato de hacer resaltar lo más posible, á los ojos de Simona y Pedro, el contraste entre la mañana de disciplina y la tarde de libertad — de libertad vigilada, claro está... ¿Recuerdas que no hace mucho te resumía en cuatro palabras la educación física ideal de los niños de esta edad : la de los niños campesinos? Pedro y Simona tienen permiso para ser, después de su siesta, émulos de Clemente Martín. Vestidos como éste eligen sus entretenimientos que son, de ordinario, los de cualquier campesinito; si los emprenden y terminan en compañía de Clemente Martín, tanto mejor. Porque Clemente Martín me suple maravillosamente para organizar los juegos. Á mis

dos ciudadanos, miedosos ante la naturaleza, Clemente les sugiere admirables invenciones, les enseña á ser audaces, les estimula con sus burlas afeándoles su pereza y timidez. Además, les enseña durante la tarde tanto como yo durante la mañana: debo confesar que hasta mejor que yo. ¡ La enseñanza de Clemente la comprenden y retienen mejor que la mía! ¡ Ah! Te juro que no han necesitado mucho tiempo para saber el nombre de las personas y de los animales de la granja, y que las ciento cincuenta hectáreas de la propiedad les son hoy más familiares que á mí mismo, como también las de las fincas próximas, Chambón y Ambleuse. Mejor que yo comienzan ellos á conocer los trabajos del campo. Saben cómo se alimenta el ganado y cómo se ordeñan las vacas. La fabricación de la manteca no tiene misterios para ellos: reconocen y nombran la mayoría de simientes. ¡ Fuerza maravillosa de lo real! Estas nociones diversas penetran en ellos y no les abandonan jamás. Clemente Martín es decididamente un maestro superior á mí y en quien la autoridad se manifiesta sin la menor apariencia de esfuerzo. Desgraciadamente, la influencia de este maestro de cabellos encarnados, se deja sentir también en el lenguaje y las maneras de mis discípulos. Pedrito imitaría con mucho gusto los contoneos del joven Martín; una blasfemia... sí, Francisca, una blasfemia salió el otro día de los labios de Simona. Trato de combatir estas tendencias excitando el amor propio de mis discípulos y persuadiéndoles de que la corrección es signo de buena educación... Simona y Pedrito sufren, sin embargo, la autoridad del pequeño rústico; pero toman desquite remedando burlescamente sus aires y su lenguaje. Clemente no se altera y replica levantando la bola que le sirve de cabeza:

— ¡ Tendría que ver que yo hablara como vosotros, especie de señoritos de París!

¿Cuánto tiempo conviene dejar que se prolonguen los juegos libres de los niños? Ninguna regla absoluta sobre este particular. Un maestro prudente espíará el momento en que el exceso canse á sus discípulos. Mejor todavía, acostumbra al niño á que se dé cuenta de « que ha jugado bastante ». Cuando esta hora psicológica suena para Simona y

Pedro, piden con desenfadado permiso á Clemente Martín, que les deja marchar sin manifestar el menor sentimiento, y se acercan á mí, muy confiados, á pedirme que sacie sus deseos de libertad ó movimiento: me piden, en suma, que juegue con ellos. Un buen maestro debe prestarse siempre á este deseo, porque hay que evitar que los niños se aburran, que la alegría de la vida no llegue hasta ellos...

La merienda, tomada al aire libre, sin ninguna de las restricciones impuestas en la mesa, reúne á mí, á Pedro y á Simona. Hablamos.

En la conversación de los niños con las personas mayores hay una palabra esencial: la palabra « ¿por qué? » No refrenemos sistemáticamente el « ¿por qué? » de los niños. Evitemos solamente que no se convierta, en boca de ellos, en un entretenimiento ó una burla. « ¿Por qué? », « ¿Cómo? » « ¿Qué quiere decir eso...? », todas las fórmulas por las cuales la curiosidad naciente busca satisfacerse, son eminentemente utilizables como medios de educación: cada una de ellas abre al maestro un crédito de atención espontánea. No hay, pues, que rechazar ni censurar ningún « por qué ». Ni tampoco, en ningún caso, rehuir una contestación ni darla inexacta por ignorancia. Algunas veces me veo obligado á responder á Pedro y á Simona: « No sé... » y aprovecho la ocasión para hacerles observar que debemos contestar así cuando, realmente, ignoramos. Porque el primer grado de la inteligencia y del saber consiste en confesar que no se comprende ó de informar según los límites de lo que se sabe. En fin, una contestación archipreciosa á ciertos porqués de los niños, es la siguiente:

— Contestaré á tu porqué cuando seas mayor.

Lo que infaliblemente provoca un nuevo: ¿Por qué?

Al que se debe responder:

— Porque todavía no has trabajado bastante para comprender.

Preciosa respuesta, Francisca, que evitará más adelante á los padres mentiras repugnantes, cuando el niño haga preguntas á las que no se pueda responder con la verdad... Pedro y Simona están ya habituados á conformarse. Á lo sumo, in-

sisten en conocer la época en que podrán conocer la respuesta. Se satisfacen cuando me piden explicaciones de palabras cogidas al vuelo como : « escrutinio de lista » ó « adjudicación ». Se habituarán á satisfacer su curiosidad cuando me hagan ciertas preguntas cosmogónicas, religiosas ó filosóficas.

Durante el periodo de libertad recreativa que media entre la siesta y la cena, reservo unos treinta minutos próximamente á la atención ó á la disciplina. Obtengo pocos resultados durante este intervalo de tiempo; pero como un día mis discípulos crecerán, pasarán de la « infancia de la infancia » y no podrán consagrar toda la tarde á divertirse, tiendo á prepararles ya este alto de atención para crear un buen hábito. La hora no es fija; la elijo según el humor de mis discípulos y suele ser siempre después de esa laxitud del juego que te señalo anteriormente. Un poco de solfeo entonces — si no lo hemos hecho durante la mañana — ó nos colocamos delante del mapa-mundi y emprendemos juntos un largo viaje. Lo único que exijo á mis compañeros es que sepan decirme : « Ahora pasamos un río. ¡ Mire, una cordillera !... ¡ Ah, una ciudad !... ¡ El mar ! » Otras veces emprendemos un paseo metódico al pueblo : Simona, por ejemplo, es nuestra guía; Pedro y yo representamos el papel de extranjeros. Los niños aceptan estas ficciones con admirable facilidad. Su imaginación me sorprende, me asombra. Sobre todo, Simona es incomparable.

Nos muestra la casa Ayuntamiento.

— Aquí tiene usted la alcaldía; pero el alcalde no vive en ella. Prefiere ocupar una casita en el pueblo, pues en la alcaldía hay muchos ratones. (Los ratones son invención de Simona). Pero en la alcaldía está instalada la escuela y en ella vive el maestro con su mujer y dos hijos pequeñitos y muy lindos. El maestro es muy rico; por eso ven ustedes delante de la escuela ese bonito jardín tan bien cuidado, con geranios, ajos, melocotones, una parra y una bola brillante donde, el que se mira se ve muy feo. El maestro ha colocado esa bola para que se vean en ella los niños muy antipáticos y no tengan amor propio. (Simona muestra gran tendencia á mirarse en el espejo, á « agrandarse », lo cual combato por todos los me-

dios.) Cuando las dos hijas del maestro sean mayores se casarán con los hijos del alcalde...

— Pero — le interrumpo yo, — si el alcalde tiene tres hijos... Simona vacila un instante y seguidamente replica.

— Uno de ellos será soldado y pasará toda su vida guerreando en Marruecos...

Yo me guardo muy bien de combatir en mis discípulos esta maravillosa facultad de imaginar, común, en mayor ó menor grado, á todos los niños; me limito á vigilarla nada más y trato que no se convierta en tontería, que es el verdadero peligro. Les obligo, además, á distinguir lo real de lo imaginado. Cuando Simona se excede un poco, la miro de cierta manera y entonces dice ella :

— Lo que les digo no es cierto de una manera absoluta...

¡ Imaginación ! ¡ Perspectiva intrépida de la vida ! ¡ Luz cegadora del espíritu !... ¡ Pensar que tan pocos adultos te conservan y que, casi sin excepción, todos los niños te poseen ! Tú eres la verdadera facultad específica de la infancia y no la memoria ; la memoria es una criada que necesita largo aprendizaje y sirve mejor al adulto que al niño. ¿ Pero tú, á qué edad abandonas al niño, imaginación deslumbradora ? Ese tendero obeso que ni siquiera comprende la imaginación de los otros, fué también, cuando contaba ocho años, un forjador de historias y de aventuras... ¿ Quién se la atrofió ? ¿ Sus padres ? ¿ La fealdad de la escuela ? ¿ El necio rigor de una pedagogía ?... ¡ Yo no intentaré jamás de proscribirte del espíritu de mis discípulos ! ¡ Trataré de guiarte, de disciplinarte, de regularizar tu fuerza !... Pero quiero conservarte á toda costa porque tú eres ; oh, divina ! la que distingues del resto obscuro de la humanidad, á los privilegiados, á los inventores, á los poetas, á los apóstoles, á los héroes.